

agraciaban de manera, que el profano y el santo, el noble y el plebeyo, el sábio y el ignorante, el de mayor edad y de menor; y todo género de gente, sin salir ella nada de sí misma, quedaban como cautivos de su trato.

“En estos excelentes naturales, como en tierra fértil y sazónada, prendió luego con firmes y hondas raíces la semilla celestial de la gracia que en el bautismo recibió, llegando á ser una de las almas más favorecidas de Dios en la tierra, y de las que gozan mayor gloria y valimiento en el cielo.”



ITURBIDE

Y EL 27 DE SEPTIEMBRE.

I



CONTRARIAS rivalidades de partido, primero, y después añejas y absurdas preocupaciones, han querido borrar la fecha gloriosa del 27 de Septiembre de los anales de nuestra historia contemporánea. Los bandos liberales que en estos últimos años se han disputado el poder, y han llevado las riendas del Gobierno de la República, han querido olvidar que en igual fecha de 1821 el inmortal Libertador D. Agustín de Iturbide consumó la independencia de México, sin armas y sin derramamiento de sangre, antes llevando al ánimo de todos, españoles y mexicanos, el júbilo más completo y la satisfacción más placentera. La admirable previsión y sábia prudencia de aquel famoso caudillo supieron conquistar en poco tiempo el mayor tesoro que puede ambicionar un pueblo, su libertad; y esa conquista fué sólida, perfecta, imperecedera, tal como la reclamaban ya el es-

píritu de la época y las especiales condiciones de nuestra patria.

Los pueblos, á medida que crecen su desarrollo y su importancia, han menester de vida propia; vida independiente y libre en que puedan ejercer su actividad, para atender debidamente á sus necesidades y al mejor logro de un porvenir risueño y venturoso. Tal sucedió con esta parte de América que se llamó Nueva España. Nacida en el siglo XVI; encaminada en sus primeros pasos por la piedad cristiana que le infundieron los Gante, los Motolinia, los Sahagun; educada luego en la escuela de los trabajos intelectuales y materiales; y habiendo adquirido, por último, una ilustracion y un vigor capaces de guiarla por la senda que siguen los pueblos libres, México tuvo necesidad de segregarse de la metrópoli, como el hijo de familia se separa del hogar paterno, para formar una nueva familia y dedicarle á ella todos sus desvelos.

La idea de la independencia estaba, pues, en el ánimo de todos: ella aparecía natural, gallarda y simpática en la mente de cuantos soñaban con ver á México grande y feliz, ocupando el preferente lugar que le correspondía entre todas las naciones civilizadas. Más decimos: si el cura Hidalgo no hubiera iniciado un levantamiento, que por desgracia sólo fué fecundo en guerras y desastres inútiles, la independencia se habría verificado más tarde como un fenómeno natural en la vida de los pueblos, sin esfuerzos y sin luchas, sin dolores y sin efusion de sangre.

Tocó á D. Agustín de Iturbide el singular privilegio de consumir la magna obra de la in-

dependencia nacional, iniciada y comenzada por el cura de Dolores; y no comprendemos, en verdad, la causa del olvido y de la ingratitud de que ha sido víctima, por parte de los gobiernos liberales, la memoria de aquel ilustre caudillo, digno, por todos conceptos, de perpétua alabanza y de inmarcesible gloria. Si tuvo defectos, si cometió errores, si en concepto de algunos se desvió de la senda que el interés de la patria le aconsejaba seguir, debía perdonársele todo en gracia del inmenso bien que nos legó, y del cual disfrutamos todavía y disfrutaremos siempre.

Preciso y justo es que concluya esta injusticia. Estúdiense la historia; examínense los hechos hasta en su raíz; analícense los acontecimientos á la luz de un criterio imparcial, y teniendo presente el espíritu de la época, y se verá que D. Agustín de Iturbide, léjos de merecer el olvido en que hoy está, es digno del amor y de la gratitud de sus conciudadanos. Así lo han comprendido algunos personajes del partido liberal más avanzado.

En efecto, el 27 de Septiembre de 1857, el Presidente de la República, D. Ignacio Comonfort, dirigió al ejército una proclama, en que decía:

“Hoy es el solemne aniversario del 27 de Septiembre de 1821: día para siempre memorable, en que el Ejército Libertador hizo su entrada triunfante en esta capital.

“El Ejército y su ilustre caudillo, el inmortal Iturbide, alcanzaron en ese día una gloria imperecedera, poniendo término á la lucha de once años; lucha en que tantos héroes habían combatido por la independencia, hasta ofrecer el holo-

causto de su vida en las aras de la patria, para darle una existencia soberana, y hacerla libre y feliz.

“Los laureles más preciosos del Ejército y su caudillo, fueron las aclamaciones entusiastas de todo un pueblo, lleno de júbilo y reconocimiento, el día en que recobraba su libertad y su lugar entre las demás naciones.

“Eterna será la memoria agradecida del pueblo mexicano, y eterna la gloria del Ejército que consumó la independencia de la patria.

“Con la independencia entraron los mexicanos á gozar de los bienes más caros al corazón del hombre libre, y su deber es saber mantenerlos. El deber sagrado del Ejército es conservar la honrosa herencia del de 1821, imitando sus heroicas acciones.

“Soldados: la gloria del Ejército libertador fué consumir la independencia de la patria: nuestra gloria será defender siempre la independencia y la libertad.”

II

Por desgracia, la reacción que con la proclama anterior parecía iniciarse en el ánimo de los gobiernos liberales en favor de Iturbide, cesó bien pronto, y la indiferencia y el olvido han vuelto á ser por parte de aquellos lo único que con supremo desden se dignan conceder á tan glorioso nombre.

La injusticia y el absurdo que de esto resultan, son palpables. Si se ensalza al cura Hidalgo, por haber sido el primero en proclamar la independencia, ¿por qué no hacer lo mismo con el prudente y hábil caudillo que la consumó?

Esto, aparte de otros méritos y virtudes que adornaban al héroe. Por la historia y por el testimonio vivo de muchos contemporáneos de la época de nuestra independencia, sabemos que Iturbide fué un caudillo valeroso, hábil y prudente, en quien resplandecieron con singular arrogancia las dotes más sobresalientes de un hombre de Estado. Su amor á la patria y á la libertad; su anhelo poderosísimo de ver á México grande y feliz; la habilidad y el acierto que demostró en sus negociaciones con el general D. Vicente Guerrero, y en los asuntos que más tarde se sometieron á su consideración y á su criterio; y sobre todo, la obra magna de nuestra independencia llevada á cabo con prontitud pasmosa, sin que en ella hubiese habido derramamiento de sangre,—son títulos que á la verdad raras veces reúne un solo hombre, para hacerse estimar de sus conciudadanos. Y luego, aquella nobleza y rectitud de carácter de que dió siempre señales en los campos de batalla, en el elevado puesto de gobierno á que lo ascendieron sus méritos, y en los documentos emanados de sus manos, durante la amarga época de su injusto destierro; aquella negra traición de que fué víctima en Padilla, inmolándolo en aras del ódio y de la envidia; su memoria olvidada por tanto tiempo entre nosotros como si no hubiera sido él quien realmente conquistó para los mexicanos la libertad y la independencia de que hoy gozamos..... ¿no son estas circunstancias motivos legítimos para que la República entera enmiende ya la injusticia que ha estado cometiendo con el más ilustre de

¿sus héroes? ¿No es merecedor Iturbide de que á su memoria se tributen los honores y el culto que los pueblos agradecidos guardan siempre para sus libertadores?

La América del Sur celebró hace pocos años, de una manera digna y decorosa, el centenario de Bolívar. En México, el de Iturbide pasó casi inadvertido, y sólo una corta agrupacion, secundada fríamente por muy reducido número de familias, recordó con una velada literaria, en un teatro de segundo ó tercer orden, la fecha del nacimiento del Libertador de México.

Ya dijimos ántes que esto debe atribuirse á que en otro tiempo el odio y las preocupaciones políticas quisieron llenar de baldon la grata memoria del héroe de Iguala. Se exageraron sus defectos; se condenaron con implacable obstinacion sus errores, y hasta se habría querido que su nombre desapareciera para siempre de nuestra historia; pero ya hoy aquellos sentimientos hostiles no tienen razon de ser. A medida que los sucesos en que Iturbide tomó parte se alejan y depuran por un criterio ilustrado, y son mayores la rectitud, el buen sentido y la imparcialidad de los hombres, se comprende y se admira el mérito del héroe, y nadie puede desconocer ni negar que es digno de imperecedera gloria por la obra que llevó á cabo.

Creemos, pues, que la hora de la reparacion llegará, y que, por más que no lo vea la presente generacion, dominada aún por los rencores de partido, el héroe de Iguala será al fin colocado en el pedestal que justamente merece.



ATENEO MEXICANO

DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

I



MACE ocho ó nueve años surgió en la Cámara de Diputados el pensamiento de fundar en México una grande asociacion que llevase aquel nombre, la cual vendría á ser como un círculo á donde acudiesen, llamados por un sentimiento comun, los hombres de inteligencia y de saber con que se honra nuestra patria.

El pensamiento fué aprobado, y aún se decretó una fuerte suma para subvenir á dicha Asociacion. Esta celebró algunas juntas, hizo diversos nombramientos de comisiones, formó y publicó el Reglamento General, y se dijo que muy pronto comenzaría sus trabajos en el Colegio de Minería. Despues, nada volvió á hacerse ni á decirse, y el Ateneo murió en su cuna, sin que nadie haya podido explicar las causas del fracaso.

¿Fué efecto de la inconstancia de nuestro carácter? ¿Las penurias del Tesoro impidieron

que se desarrollara el plan concebido por los iniciadores y fundadores del Ateneo? No lo sabemos, ni importa ya averiguarlo.

El pensamiento, tal como nosotros lo comprendimos, no pudo ser ni más noble, ni más útil, ni más digno de alabanza por cuantos se interesen por la cultura y el buen nombre de México.

Una de las cosas de que más señaladamente se enorgullece cualquier nacion, y que es al mismo tiempo sello de gloria para ella y para sus hijos, son los trabajos intelectuales de éstos; trabajos que pueden y deben reputarse con justicia como el espejo de su ilustracion, de su inteligencia y de sus hábitos laboriosos. Sí; porque con ellos se demuestra que la meditacion y el estudio, y no la ociosidad ni los placeres, ocupan la atencion de los ciudadanos.

Por eso sin duda, el viajero observador y verdaderamente ilustrado, al recorrer las naciones, procura investigar con incansable afan la manera de ser de cada pueblo; sus costumbres, sus usos y los círculos y lugares donde se reúnen las diversas clases de la sociedad; asiste á las Academias, Colegios y Liceos para conocer allí las tendencias de los estudios y las aficiones artísticas de los que á esos establecimientos concurren; y finalmente, busca con elevado criterio las fuentes del progreso ó decaimiento del país en que se encuentra. ¿Y habrá necesidad de agregar que para una nacion deberá ser motivo de justo orgullo, poder presentar á los viajeros que la visiten, un centro de ilustracion y de estudio, donde estén agrupados los hombres más

distinguidos por su saber y por su ciencia? ¿No es bello el cuadro que presenta una sociedad literaria ó científica, formada de personas que si bien profesan distintas opiniones religiosas y políticas, están allí estrechamente unidos por el poderoso vínculo del culto á lo bello y de unas mismas inclinaciones artísticas? No hay duda que sí: los establecimientos como el de que se trata, son útiles, convenientes y honrosos en toda nacion culta: en ellos se acercan y juntan los sabios y los artistas, los literatos y los políticos, y cuantos cultivan algun ramo del saber humano, para ir á prestar su concurso á la diffusion de ideas sanas y levantadas. Y el público, por su parte, encuentra en esas reuniones apacible recreo y grato esparcimiento con las discusiones tranquilas de los sabios, con los juicios sustanciosos de los críticos, con la exposicion de bellezas literarias y artísticas, hechas por los hombres estudiosos.

Si el pensamiento á que aludimos al principio de este artículo, se hubiese realizado, no habría sido la primera vez que en la capital de la República hubiera existido un Ateneo Mexicano, como el que trató de fundarse.

En los últimos meses de 1840, por iniciativa del Conde de la Cortina y de D. Angel Calderon de la Barca, Ministro de España en México, estos mismos señores y el Dr. D. Miguel Valentin, D. Francisco Ortega, Lic. D. Juan Gómez de Navarrete, D. Luis G. Cuevas, Quintana Roo, Moreno y Jove, y otros, concibieron el proyecto de formar una reunion amistosa, en la que proporcionándose al pueblo los medios

le instruirse sin gastos, se fomentase el espíritu de asociacion. *

Se organizó, en efecto, la reunion con el título de Ateneo Mexicano; tuvo una buena biblioteca, estableció cátedras, dió lecturas públicas, y fundó un semanario, órgano suyo, llamado tambien "El Ateneo." En él se publicaron los discursos, poesías y artículos leídos en las juntas de la corporacion, por personas tan ilustradas y entendidas como D. José María Lafragua, D. Casimiro Collado, D. Mariano Otero (sobre jurisprudencia), Lacunza, D. José María (sobre Historia), ambos Navarro (D. Juan y D. Joaquin), Cortina, Arango y Escandon, Carpio, ambos Ortega (D. Francisco y D. Eulalio), Alcaraz, Escalante, Tornel, Diaz Miron, Prieto, Payno, y otros muchos que sería difícil recordar.

II

La asociacion que trató de fundarse en México, y á la cual nos estamos refiriendo, disponía, en nuestro concepto, de sobrados elementos para desarrollarse, crecer y adquirir la importancia que debe tener la primera corporacion literaria de un país.

Los ánimos estaban fatigados de las controversias políticas; y la desagradable tarea de tratar

(*) Los autores de esta idea, que acababan de llegar de España, se inspiraron seguramente en el brillante éxito que había alcanzado el Ateneo de Madrid, inaugurado con toda solemnidad el 6 de Diciembre 1835, y al cual pertenecieron literatos y poetas como Alcalá Galiano, el Duque de Rivas, Olózaga, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Gallego, Quintana, Espronceda, Breton de los Herreros, etc.

estos asuntos en la tribuna y en la prensa, parecía haber engendrado el deseo de dedicar algunas horas á estudios de otro orden, tranquilos, descansados y amenos, como son los de la literatura, las ciencias y las artes.

En otros artículos hemos dicho que el cultivo de las letras está decayendo rápidamente entre nosotros; y esto no por falta de aptitudes ni de elementos á propósito, sino por cierta indiferencia, ó mejor dicho, por una falta completa de estímulos con que en México tienen que luchar los trabajos intelectuales. A lo cual hay que agregar el alejamiento en que viven las personas que podían impulsar aquellos.

Nuestras sociedades científicas y literarias parecen muertas; el espíritu de reunion casi ha desaparecido; no hay periódicos cuyas columnas estén dedicadas exclusivamente á la difusion y circulacion de sanos principios estéticos, necesarios para el adelanto y mejoramiento del buen gusto; y por último, nuestros más distinguidos escritores, aquellos de cuya pluma podían salir excelentes producciones, permanecen en un retiro completo, sin fé para trabajar, sin público que sepa juzgar sus obras con el acierto que merecen.

Pues bien: estos inconvenientes y estas desventajas que lamentamos podrian haber desaparecido, ó por lo ménos, haberse remediado un tanto, con la creacion del Ateneo Mexicano.

La Junta Directiva encargada de nombrar las comisiones y de organizar los trabajos, llamó al seno de la nueva sociedad á lo más selecto de nuestros literatos, políticos, artistas y

hombres de ciencia, sin distinguirlos ni señalarlos por sus opiniones políticas ó religiosas. Cier- to es que olvidó á algunos; pero esta falta la atribuimos á la precipitacion y premura con que se hicieron los nombramientos.

¿Y cuál debió ser la primera y más importan- te garantía que habría asegurado al Ateneo lar- ga existencia y prósperos resultados? Sin duda, ninguna otra más que la abstraccion completa de las opiniones religiosas y los antecedentes políticos de cada uno de los asociados; porque cuando se trata del talento y del saber, cuando van á emprenderse pacíficas lides intelectuales, nada es tan necesario, justo y natural como prescindir de circunstancias y accidentes que pue- den ser enojosos y alejar á las personas unas de otras.

De esto ha dado siempre eficaz y elocuentí- simo ejemplo el Ateneo de Madrid; y sabido es de todos el estado de florecimiento á que ha llegado aquella Asociacion. Ella es, en efecto, un palenque donde van á ejercitar sus aptitudes y donde van á medir las armas de la discusion los hombres más eminentes de España, afiliados en todos los partidos y en todas las opiniones. Aquel Ateneo es una reunion de hermanos en el arte, en la literatura, en las ciencias y en la filosofía, y proceden en todo sin tomar para nada en cuenta la escuela á que cada uno pertenece. Conservadores y liberales, monárquicos y repu- blicanos, católicos y libre-pensadores, se reúnen allí bajo el mismo techo, en unos mismos salo- nes, para discutir tranquilamente los principios y verdades que son objeto de controversia. To-

dos asisten á aquel recinto, llamados y atraídos poderosamente por el culto á lo bello, por amor á la discusion, por el placer de pasar algunas horas en el estudio comun y amistoso de las cuestiones, ora graves, ora entretenidas y ame- nas, que se presentan á la observacion y al análisis en el campo del saber humano. Cada uno da sus conferencias y emite libremente sus opiniones, siendo oído siempre con atencion y con respeto. Allí Moreno Nieto, que fué hasta que murió el alma del Ateneo, pronunciaba aquellos magníficos y elocuentes discursos en que trataba de todas las cuestiones, lo mismo las filosóficas que las económicas, las literarias que las históricas, artísticas y sociales. Allí D. Antonio Cánovas del Castillo hizo oír su podede- rosa voz, estudiando los problemas contemp- ráneos. Allí Canalejas, Revilla, Azcárate y otros oradores desarrollaron sus teorías en interesan- tes conferencias, que á los oyentes parecían cor- tas. Allí, por último, Valera, Campoamor, Nú- ñez de Arce, toman en nuestros días la palabra para abordar cuestiones de crítica ó de historia literaria. Y para todos hay público, porque sa- ben despertar y mantener el interés, saben co- municar á su palabra el encanto poderoso de la persuacion y de la sinceridad.

Tal quisiéramos nosotros que hubiera sido el Ateneo Mexicano. En su seno habrían podido abundar personas aptas, ilustradas, de recono- cida competencia para dar á esta asociacion un impulso y una importancia necesarias á su me- jor desarrollo; pero la oportunidad pasó, como pasan tantas otras en nuestro país. Y en cuanto

á los frutos que el público habría obtenido de estos trabajos, excusado es ya señalarlos.

Aquí donde los centros de reunion son tan escasos, habría tenido grande importancia el del Ateneo, que además de contribuir al adelanto intelectual y al perfeccionamiento del buen gusto en artes y letras, habría sido un ornamento para nuestra capital, del cual podría ufanarse, porque sin duda le habría dado honra y lucimiento.



LA ACADEMIA MEXICANA

Y SUS «MEMORIAS.»

I



A Real Academia Española, en junta de 24 de Noviembre de 1870, y á propuesta de los Señores Marqués de Molins, su Director entónces; D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermin de la Puente y Apezechea, y algunos otros señores Académicos, acordó la creación de Academias Correspondientes Americanas. * Propúsose con esto, según ella misma dijo, “realizar fácilmente lo que para las armas y áun para la misma diplomacia es ya completamente imposible,” esto es, “reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debi-

(*) El verdadero iniciador y más entusiasta cooperador del establecimiento de *Academias Americanas*, fué el Sr. de la Puente y Apezechea, mexicano, cuya muerte lamentan todavía y lamentarán siempre las letras españolas.